



Núm. 206

BARCELONA, 18 ABRIL 1909

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

Enterrados los muertos, ha llegado la ocasión de que salgan algunos de esos que saben poner bien la pluma para defender más ó menos descubiertamente á Maura y echarles la culpa á los escolares de Salamanca y al pobre *Hospiciá* de haber sido enviados al otro mundo.

Bueno; ya sabremos en lo sucesivo que cuando un polizón nos estampe la mano en una mejilla le presentaremos evangélicamente la otra, y que si se procede á la *mauserización* de dos ó tres ó quince ó quinientos estudiantes rezaremos devotamente un padre nuestro por su alma, y nos guardaremos bien de gritar ni protestar.

Es una teoría como cualquier otra, y aun debemos estarles agradecidos á los que se contentan con tan poca cosa y no se empeñan en que se deba contestar á las descargas con vivas á los descargadores.

No olvide nadie lo que andan diciendo por algunos periódicos y revistas los abogados defensores del ministro de la Gobernación, pues se acercan las elecciones para diputados á Cortes, y si por lo tanto no faltaran Malcos del orden público; nada de imitar á San Pedro; como decían en cierta zarzuela del tiempo de Isabel II:

Aguanta cachete y calla;
si te dan otro será peor.

Verdad que esto lo canta un criado negro, esclavo, pero hagámonos cargo de que somos también negros, criados y esclavos.

Entretanto, van acercándose ya á su fin las *tareas académicas*, y con tantas fiestas, huelgas y vacaciones habrá resultado de una duración verdaderamente relampagueante. Así, los ministros van decretando *aumentos* de asignaturas y la realidad se encarga de introducir continuas *disminuciones* en la asistencia á clase, sin otro resultado positivo que el embolso de cada vez mayor, por parte del gobierno, de matrículas y demás socallifas. La ciencia, el saber menguarán de cada vez más, pero las pesetas estudiantiles ascienden á una suma que cada año va siendo muy considerable.

Contrastando con la escasisima concurrencia que asistía en Barcelona á las representaciones de la incommensurable, portentosa y archi-piramidal Zaccani, el abono de Madrid es muy crecido, lo cual hace honor, cuando menos, al rumbo de los abonados. Se conoce que la plutocracia barcelonesa tiene una idea distinta que la aristocracia madrileña de lo que son el Arte y la Belleza. En cambio los que no pertenecen, en la capital de Cataluña, á la clase adinerada, sienten intensamente todas las manifestaciones del grande arte, y aclamaron diariamente á Zaccani, como aplaudieron con entusiasmo al *Cuarteto cheque*, no oído por nuestros opulentos caseros del Ensanche, fabricantes y mercaderes.

El ideal del ricocho barcelonés consiste en tener una casa con gran fachada, una torre, ricos muebles, carruaje y panteón. No llega á distinguir un cromó de un cuadro; bosteza con *Lohengrin* y se duerme con Ibsen. Dará mil duros para costear la construcción de un templo, pero no dará una peseta para una obra de beneficencia. Hablamos en general; las excepciones son tan pocas que tal vez sobrarían los dedos de una mano para contarlas.

Por fin han visto los valencianos colmados sus deseos de que se fuera el Sr. Martos O'Neale; ya le han trasladado á Coruña, donde deseamos deje mejores recuerdos que en sus insulas de á orillas del Segre y del Turia.

Aunque la cosa ha pasado muy lejos de aquí, no ha dejado de despertar en gran manera la curiosidad de las gentes la aventura de M. Marcelo Prevost, famoso *feminista* y autor de la comedia traducida al castellano con el título las *Virgenes locas*, que no es lo mismo que *Las Semi vírgenes*, tal como se rotula el original. La moraleja que se desprende del caso de que no es lo mismo predicar el amor que «hacerlo».

ARGOS

PÁGINAS HISTÓRICAS DEL SIGLO XIX

NAPOLEON EN EL DESTIERRO

Derrotado Napoleón en Waterloo, llegó a París, abatido y perdida enteramente la cabeza. Fouché, el sanguinario convencional, convertido después en ministro de Policía de Bonaparte, ardiste ya en negociaciones secretas con Wellington; las Cámaras no ocultaban su hostilidad al vencido, y sin andarse en rodeos le pidieron la abdicación, como así lo hizo, si bien dejando proclamado emperador de los franceses a su hijo, con el título de Napoleón II.

Nombróse un gobierno provisional de cuya presidencia quedó encargado Fouché, y como Napoleón manifestara su resolución de trasladarse a América, se accedió a ello, dejándole que partiese para Rochefort donde se embarcaría.

No pudo ser. Había allí unos cruceros ingleses, prontos a impedir la salida. Napoleón, por consejo de Las Cases y de Becker pasó a bordo del brick inglés *Belerofonte*, a cuyo capitán, M. Maitland, se entregó, en la creencia de que podría acogerse «en el hogar británico», pero se engañó. Una vez en Plymouth fué declarado prisionero de guerra y se le quiso obligar a que rindiera su espada, si bien por fin le dispensaron de esta formalidad, aunque no a sus compañeros de armas Bertrand, Savary, Lallemant, Gourgaud y otros.

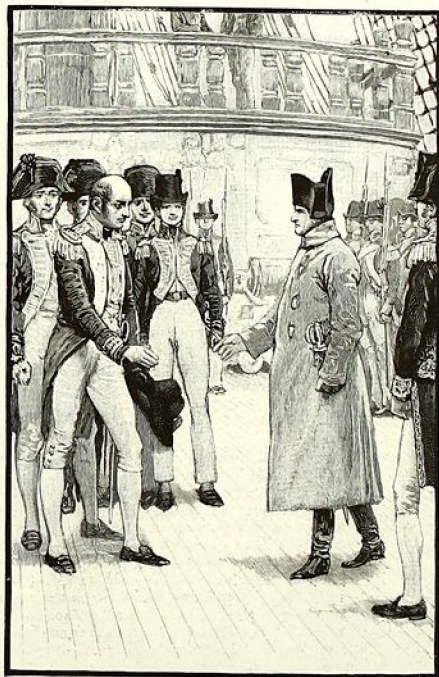
Trasladado a bordo del *Northumberland* (7 de agosto de 1815) hubo de saber se le daba por destierro la apartadísima isla de Santa Elena, sin permitirle más acompañamiento que el general Bertrand y su familia, M. Las Cases y su hijo, M. y Mme. Montholon, el ayudante Gourgaud y los criados de mayor confianza.

Pronto el *Northumberland* a dar-se a la vela recibió Napoleón un despacho participándole la capitulación de París, y hubo de llorar de vergüenza al enterarse de los detalles de lo ocurrido.

Al rayar el alba del día 8, divisábanse aun las costas de Francia. «¡Adiós, tierra de valientes!» exclamó Napoleón, y con esto acabó ya para siempre su vida activa, para empezar otra, ociosa y miserable, sobre la cual, a juicio de severos historiadores, vale más correr un velo.

Así terminó la carrera de aquel hombre extraordinario, que supo elevarse desde la más oscura situación en el ejército a dueño, árbitro y señor de Europa. No pudo prevalecer su estrella contra la coalición de los intereses tradicionalistas, y era de ver que no podría suceder otra cosa. Desde el momento en que abandonó su papel de mandatario de la República para convertirse en emperador, no fueron él y los suyos más que monarcas intrusos y usurpadores.

MIGUEL MAULEON



NAPOLEÓN ENTREGÁNDOSE AL COMANDANTE DEL «BELEROFONTE»



GOTAS

El tiempo llegué á gastar,
pero he podido observar
que el que no cierra la boca
y habla, y habla sin cesar
es el que más se equivoca.

Por vez primera escuché
de las balas el silbido;
tu retrato contemplé
y al combate me lancé
ánimoso y decidido.

Si una vez has apuntado
en la banca del amor
y perdiste lo jugado,
sigue siendo jugador
hasta ser afortunado.

Hoy como ayer y mañana,
una mujer casquivana
prefiere un novio ignorante
con un gabán elegante
á un sabio de americana.

El tiempo es algo divino
aprovéchalo con tino
pues con él suceder suele
lo que le ocurre al molino:
agua que pasó, no muele.

M. PÉREZ SERRANO

VARIAACIONES

Pocas personas habrá tan felices como Dolores, joven, guapa, hija de padres ricos que la adoran, que no piensan sino en satisfacer todos sus gustos, todos sus caprichos.

No me he expresado exactamente y es necesario que corrija la afirmación anterior.

Pocas personas habrá con más elementos para ser dichosas, que la joven de que se trata.

Y sin embargo, pocas también, más desgraciadas ó, por lo menos, que como tales se juzguen.

Dolores pasa días, semanas enteras, sin sonreír.

Su faz adusta, su taciturna expresión, que desfigura su belleza, desespera á los autores de sus días que, repetidas veces la preguntan:

—¿Qué tienes? ¿Qué deseas? ¿Estás enferma? ¿Te duele algo? ¿Te ha dado alguien algún disgusto?

Y la joven, abrumada á preguntas, contesta á todas negativamente, á veces hasta de mal humor, con sequedad, fastidiada al verse objeto de aquel interés que juzga molesto, inoportuno.

¿A qué obedece tan extraña actitud?

Digámoslo en pocas palabras.

Dolores tiene diez y nueve abriles... ¡y no ama!...

De pronto, un día, sin motivo aparente, sin que nada al parecer, haya variado en la existencia de la joven, sin que ésta misma se de cuenta de ello, su semblante comienza á perder la taciturnidad que lo afeaba; ya no contrae sus facciones aquella mueca de dolorosa expectación; sus ojos, apagados, já los diez y nueve años, adquieran, sino el brillo del placer, una expresión de placida calma, y de vez en cuando, una sonrisa parece pugnar por asomarse á sus labios, como lucha el sol por abrirse paso entre dos nubes que lo ocultan, en un día de los llamados, vulgarmente, revueltos, que suelen señalar el paso de una estación á otra.

¿Qué ha ocurrido, pues? ¿A qué se debe la inesperada mejoría ó, por lo menos, aquel paréntesis en la enfermedad?

En la reunión celebrada la noche anterior en casa de los padres de la joven, ha sido presentado un apuesto mancebo, de rostro varonil, ardiente mirada, elegantes modales, palabra persuasiva.

Y aquel joven se ha fijado en Dolores, la ha hecho bajar la vista, ruborizándose, por primera vez; la ha dirigido algunos elogios y, por primera vez, también, ella ha balbuceado ininteligibles palabras de agradecimiento.

¡Dolores está á punto de amar! ¡El despertar de aquel dormido corazón es inminente!

¡Y el corazón de la joven despierta! Sus mejillas se tiñen del rosado color de la aurora, sus ojos resplandecen, sus labios adquieren el rojo matiz de la flor del granado, su seno se agita con dulce violencia, una transformación afortunada, completa, se realiza en todo su ser; la supuesta enfermedad ha desaparecido! ¡Es que el arrogante y simpático Alberto se ha declarado! ¡Es que ha recibido un dulce sí! ¡Es que Dolores ama! ¡Ama, y ningún obstáculo se opone á su amor!

Alberto es un hombre honrado, inteligente, de buena posición; ¡los padres de Lola se considerarán dichosos al darle la mano de su hija!

¡Y ésta ¡oh! ésta colmará sus votos y los de su amante, uniéndose á él, para siempre... ¡Será esposa, será madre! ¡Sí! ¡Se cumplirá en ella la maldición divina, cual, en el hombre, se cumple la que le condena á ganar el pan con el sudor de su frente!

¡Pero como Dios es la bondad suma, hizo de los dos terribles castigos, la maternidad y el trabajo, otras tantas fuentes de los más puros goces que el ser humano puede disfrutar durante su estancia en la tierra!

¡Dolores y Alberto serán felices, cumpliendo el justo fallo del Hacedor Supremo, y Este contemplará, sonriente, desde el Empíreo, la dicha que ha otorgado á dos de sus criaturas!



EDUARDO BLASCO

¡ROBERTO REGALO!

El pobre D. Epifanio Pitorrez era un bendito de Dios.

Durante su larga y estrecha vida administrativa, en la cual había llegado á la categoría de oficial primero de Hacienda, no tuvo que acusarse más que de un pecado, que no era precisamente el pecado original, sino el traducido.

El pecado en que incurrió el bueno de Pitorrez, estando empleado en las oficinas de la Delegación de Soria, fué el de meterse á poner en mal castellano un *vaudeville* francés, entregárselo al empresario de aquel teatro y consentir que lo estrenara cierta compañía de cómicos en la cual figuraba como primera dama la famosa Blanca Rinoceronti, verdadera estrella del género achicado.

La obra se titulaba *La tortuga mística ó Papá, no seas malicioso*. El éxito, debido á los contortullos del casino y á los compañeros de la oficina, produjo sensación en Soria, y la respetuosa amistad entre Blanca y D. Epifanio quedó *ipso facto* consolidada, con gran descontento por parte de D.^a Cunegunda Chaparrón, la terrible esposa de Pitorrez, la cual vivió desde entonces devorada por los celos más desatados que pueden ustedes imaginarse.

Trasladado á Madrid el celoso funcionario á instalado con su no menos celosa consorte, y contratada la bella Rinoceronti en el Teatro de Apolo, llegó la noche en que ésta celebraba su beneficio, y dos días antes hubo el siguiente diálogo conyugal en el domicilio de Pitorrez:

—No lo lloves á mal, Cunegunda; pero hay deberes sociales que cumplir.

—Bien ¿y qué?

—Que esta noche es el beneficio de la Rinoceronti.

—Sea enhorabuena.

—Y tengo que hacer un regalo. Acuérdate de lo bien que se portó conmigo en Soria. ¿No sabes que se hizo un traje para estrenarme la *Tortuga* y que me convidó á mantequilla el día de su santo?

—Sí lo sé; pero también sé que cuando te pido seis pesetas para una triste pelerina me dices que se las pida al Nuncio, cosa que no hago porque me da muchísima vergüenza.

—Hija mía, no hay más remedio.

—Pues mira; para un pingó de una comedianta, basta y sobra un ramo de flores modesto. No consiento que te gastes en él más de cuatro pesetas. Se lo mandas, y santas pascuas.

—¡Mujer, un ramo es muy poco!

—Pues regálale el Jardín Botánico. ¡Ya veo y que esas comiquillas te sorben el seso, ó mejor dicho, te lo sorberían si lo tuvieras! Malditas sean ellas, amén. ¡Mire usted que negarme á mí la pelerina encarnada y gastarse su importe en flores para una tiple! ¡Infame!

D. Epifanio, á pesar de sus trampas, salió en busca de ramos y encontró por seis pesetas uno que más que ramo parecía unos zorros. Llegó la hora del beneficio. Pitorrez cargó con el obsequio y se lo llevó al coliseo con la satisfacción del que va á realizar una halagadora empresa.

La diva se hallaba en escena á la sazón y D. Epifanio por no mostrar las deficiencias de su indumentaria ante los distinguidos concurrentes á la función, entregó á un criado del teatro el ramo y la tarjeta correspondiente.



El dependiente penetró en el *camerino* de Blanca y dejó sobre una mesa, entre mil figuritas, cacharros, abanicos y dulces, el ramo y la tarjeta de Pitorrez.

Una hora después ya estaba de regreso en su casa D. Epifanio, el cual se acostó mohino y triste ante la actitud de D.* Cuneunda que, llena de privaciones, no hallaba justificado el dispendio del *bouquet*.

¿Cómo había de transigir con él si, á falta de pendientes finos, tenía que llevar enganchados con

alambre en las orejas dos garbanzos forrados con la envoltura del chocolate?

Mientras pasaba esto en casa de Pitorrez, en el *camerino* de la tiple beneficiada ocurría un cataclismo. En ocasión de estar Blanca en escena penetró en el cuarto de la artista un criado con un estuche; más al ir á dejar-

lo entre los demás objetos, enredósele una de sus patas en otra del mueble que sostenía los regalos y ¡cataplúm! al suelo fueron en revuelta confusión sombrillas y bibelots, joyeros y flores, libros y chucherías, divorciándose de sus respectivas tarjetas al caer.

Nada se rompió milagrosamente y el autor del desastre fué colocando á capricho los objetos sobre la mesa; junto á cada uno puso la tarjeta que bruscamente le pareció y en seguida salió del cuarto sin revelar á nadie el trastorno que acababa de producir.

Todavía se hallaba solo el *camerino* de Blanca cuando penetró en él Luquitas Gomez, activo reporter de *El Repollo Nacional*, que iba á tomar nota de los obsequios y de sus donantes para publicarlos en las hojas del *Repollo* al dar cuenta del beneficio. Tiró de papel y lapiz, hizo sus apuntes, fuese á la redacción, la nota de regalos quedó impresa, y á la mañana siguiente todos los lectores del periódico pudieron enterarse de los mil presentes que recibiera Blanca Rinoceronti de sus admiradores y amigos.

Poco tiempo hacía que habían abandonado el no muy mullido lecho D.* Cuneunda y D. Epifanio cuando llegó á sus manos *El Repollo Nacional*, y con el afán de verse en letras de molde, fijáronse en el suelto referente al beneficio de la celebrada artista y en la lista de los regalos, entre los cuales citaba estos:

«D. Antonio Sanchez.—Un cuadro al óleo.

El marqués de la Lombriz.—Un juego de té.

El duque de Valdecorcho.—Un ramo de flores.

D. Epifanio Pitorrez.—Unos pendientes de brillantes.»

Leer esto y lanzarse D.* Cuneunda sobre su esposo como una fiera todo fué uno.

Calculen ustedes la sorpresa del pobre señor que, ignorante del cambio de tarjetas, no se podía explicar aquel absurdo.

—¡Gran canalla! ¡Golfo con levita! ¡Marido sin entrañas!—exclamaba D.* Cuneunda fuera de sí.

—¿Te parece decoroso tener á tu esposa con garbanzos en las orejas y sin postre en las comidas por gastártelo todo en joyas para esa pindonga del teatro? ¿Qué clase de favores tendrás tú que agradecerla, gran infame? ¡Si ya lo sospechaba yo! ¡Si esto del *Repollo* me estaba ya dando en la nariz! ¡Pero tú me las pagarás, granuja!

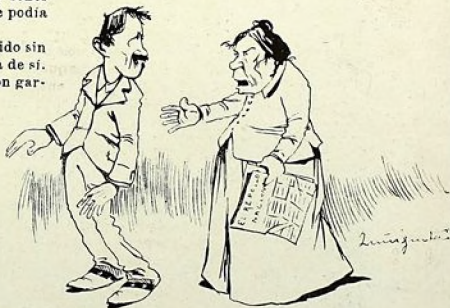
D. Epifanio no salía de su asombro, ni de debajo del sofá en donde le había acurrulado su mujer, amenizando con puntapiés y puñetazos los insultos referidos y otros que no es posible referir.

Ignoro que arreglo habrá después entre

marido y mujer, y no sé si D.* Cuneunda salió de su error. Lo que sé es que Pitorrez sintiéndose plaza montada, montó en cólera y salió precipitadamente en busca del criado que cambió las tarjetas y de Luquitas Gomez el redactor del *Repollo*, con la sana intención de pegar cuatro estacazos á cada uno.

[Cualquier día vuelve D. Epifanio á regalar á una tiple ni dos reales de cachanets!]

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA





CRÍTICOS DEL ARTE

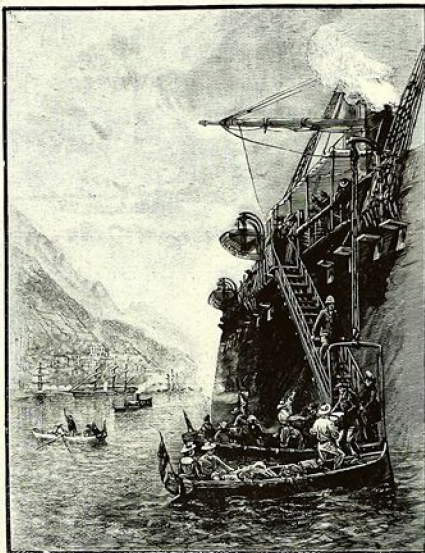
Ayuntamiento de Madrid

CEUTA Y GIBRALTAR

Mientras Silvela y Maura, y no habíamos del estético Abarzuza porque ese aun es más insignificante que el duque de Almodóvar del Río, mientras Silvela y Maura, decíamos, no tienen ojos ni oídos más que para la cacharrería electoral, su ceden las más extrañas y alarmantes cosas por nuestro litoral marroquí. Ya son tres torpederos ingleses que, distraídamente, se cueñan de noche en la bahía de Ceuta; ya es el rey Eduardo que procedente de Lisboa hace solemnisísima entrada en Gibraltar y desde allí zarpa para Italia y Francia, sin querer poner los pies en tierra española; ya son los insurrectos del Roguá, que ponen sitio á la alcazaba de Frajana, tantas veces arrasada, pulverizada, destruida y desmoronada por el inolvidable *Conde de Venadito*.



UNA CALLE DE GIBRALTAR



UN DESEMBARQUE EN EL PUERTO DE GIBRALTAR

Nuestro bendito gobierno que, á raíz de la insurrección, parecía poseído del baile de San Vito con tanto enviar buques de guerra (?) á Tánger y preparar tropas, hubo de caer luego de su burro al ver que Francia é Inglaterra estaban en perfecta inteligencia, riéndose sin duda á mandíbula batiente de los *intervencionistas* de mogollón que le habían salido á Marruecos.

Entretanto, Inglaterra, formidablemente establecida en Gibraltar está echando sus cálculos, y mucho será que mientras Silvela está pendiente de un hilo por si sale por Zamarramala el temible Parlaenbalde en vez del adicto Tragaldabas no despertemos algún día con alguna noticia de sensación.

Si nuestros gobernantes hubiesen tenido alguna vez sentido común, cosa incompatible, por fatalidad de nuestro sino, con todo ministerio español, años hace hubieran aceptado las proposiciones de Inglaterra, tocantes á cambiar Ceuta por Gibraltar, y todo eso hubiéramos ganado. Pero ¡váya les nadie á nuestros Cisneros y Bazanes á tocarles el cursilísimo comodín de que *nuestro porvenir está en África!* ¡Caballito! ¡Solo faltamos nosotros, pobres, débiles, torpes y desventurados, para acabar de redondear el reparto y disputarles la presa á Inglaterra, Alemania, Francia é Italia,

sin contar con el *Oso del Norte*, cuyos ojos se van en pos de Ceuta!

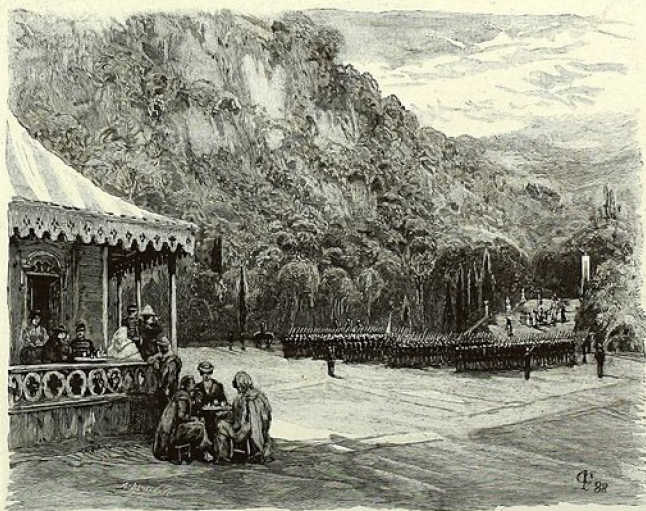
Lo más sensible del caso, en medio de todo, es que representamos en Ceuta el papel del perro del hortelano. Ceuta, en efecto (conquistada á los moros por el rey D. Juan de Portugal en 1415 y cedida á la corona de España en 1640) no es ninguna base de operaciones sino un gran puerto comercial; y por lo mismo tenemos allí... un presidio, pudiendo decirse lo mismo de Melilla. Puesto que vendimos las Filipinas por un puñado de plata, no sería nada de extraño que cualquier día saliese alguien ofreciéndonos un puñado de calderilla por nuestras estériles, costosas y comprometidas posesiones de Africa.



UNA PUERTA DE CEUTA

Lo mismo puede decirse del Archipiélago de las Chafarinas; en poder de otra nación, por ejemplo de Francia, tendrían un valor incalculable, pues se da el caso de que el puerto de la isla que da nombre al grupo sea el mejor, ó tal vez el único valioso, de toda aquella costa. Podría convertirse Chafarinas en un magnífico depósito comercial, y... también la tenemos destinada á presidio, con la circunstancia de que resulta más castigada aun la guarnición, en continuo servicio, que la misma población penal. Tal situación da la medida exacta de lo que son nuestros gobernantes, que se diría están sacados de entre los peores cerebros españoles.

A. O.



GIBRALTAR: UNA PARADA JUNTO AL CAFÉ ESPAÑOL

LA PROMESA

Los esposos Ramírez vivían modestísimamente en una guardilla, como la palma de la mano de aristocrática dama, por lo blanca y por lo chica, y por el solícito esmero con que era cuidada.

El sargento Ramírez había servido en la gloriosa campaña de África, donde perdió el brazo izquierdo, dándole en cambio una modestísima pensión que apenas bastaba para atender á las más apremiantes necesidades de la vida.

La escasez, hasta de lo más preciso, muchas veces, obligó á la señora Ramírez á dedicarse al cosido de ropa blanca, lo cual la permitía poder atender al cuidado del veterano, envejecido prematuramente al servicio de la patria, y á la educación de Pilarcita, una lindísima y angelical criatura, fruto de aquel venturoso matrimonio, unido por el santo lazo del amor entrañable y firme, de la pasión avasalladora é inmensa.

En medio de las penalidades, de los sufrimientos, de las privaciones, aquella familia considerábase dichosa; la ventura anidaba entre aquellas cuatro paredes, la alegría aleteaba en aquel ambiente libre de los pútridos miasmas del arroyo y caldeado por los tibios rayos del sol de mediodía que circulaban y envolvían con sus dorados reflejos aquel nido de palomas, blanco como el armiño, fresco como noche de estío, alegre y placido como alborada de



primavera. Pasó el tiempo, mucho tiempo: años y más años, y las penalidades se aumentaron; los sufrimientos crecieron y las priva-

ciones se multiplicaron extraordinariamente. La vejez llamó terca y obstinada á aquella puerta, y el pobre veterano inclinaba más y más su cuerpo hacia la tierra que regó con su sangre, mientras la negra cabellera de la amante esposa poblábase de finísimos hilos de plata, temblaba la aguja en aquella mano, antes segura y firme, flaqueaban las piernas y turbábase la vista amenazando con la miseria y con el hambre.

Pero no fué así. La suerte vino en ayuda de aquellos seres, que, un día, recibieron la visita del Padre Francisco, cura párroco del villorrio donde naciera el sargento Ramírez.

El Padre Francisco rogó á su paisano que admitiera en casa en calidad de pupilo, á un sobrino suyo, que comenzaba los estudios de Medicina, para que el chico estuviera mejor cuidado y atendido, viviendo en familia con unas gentes de honradez acrisolada, de ejemplar conducta é irreprochables costumbres.

Los esposos escucharon el ruego con verdadera alegría, con íntimo regocijo, y cerróse el trato. El pupilaje era modesto ciertamente, pero pagaría con creces la manutención del joven estudiante, y algún beneficio dejaría para ayudar á combatir la miseria y atajar el hambre que amenazaban ensenorearse de aquel pobre nido.

Al poco tiempo instalóse el joven estudiante en casa de los Ramírez. El carácter rudamente expansivo del veterano, la amabilidad y afable trato de la esposa, subyugaron desde luego á Juan que celebraba á diario la acertada elección de su tío el proporcionarle albergue tan tranquilo, tan aseado, tan limpio.

El aseo y la limpieza, sobre todo, tenían encantado á Juan, que nunca tuvo que censurar la más pequeña distracción, la deficiencia más nimia, pues la señora Ramírez y Pilarcita se multiplicaban, se desvivían, colmando de atenciones al joven estudiante, dedicándose con extremoso cuidado al arreglo de su cuarto, una salita modesta, sí, pero alegre y risueña.

Juan entró de lleno en aquella familia; se asimiló sus costumbres y sus gustos; rió sus alegrías; celebró sus venturas y lloró sus penas que hubiera querido evitar, ó mitigar al menos, aun á costa de los mayores sacrificios. Porque aquel joven no había conocido á sus padres y no había tenido familia. Fueron sus padres, los Padres escolapios de aquel colegio á donde le llevó su tío, siendo muy pequeño, para evitarse molestias, y, fué su familia aquella turba de chiquillos que entraban y salían, renovándose con harta frecuencia para inspirar hondos afectos, cariños entrañables, amores perdurables.

En el colegio terminó el niño las primeras letras, cursó después el bachillerato y del colegio salió para dirigirse á aquella pobre morada; y, solo entonces pudo vislumbrar, como en sueños, el amor inmenso y desinteresado de los padres, el cariño inefable de una hermana; y solo entonces pudo apreciar el goce venturoso de la familia.

Y á medida que pasaba el tiempo, nuestro joven se apartaba más y más del resto del mundo para dedicarse por entero á sus libros y al trato íntimo de aquellas pobres gentes, á las que consideraba como cosa propia. Con ellos pasaba las frías noches del invierno, sentados en torno del encendido brasero; con ellos salía á tomar el fresco en las placidas noches del verano; con ellos iba al teatro, al paseo, á todas partes, contento y dichoso, charlando y riendo siempre con aquella angelical criatura, aquella niña adorable, delicada como un capullo de the, de cuerpo arrogante y rostro de virgen, de voz melodiosa y mirada dulce.

Pero llegó un día en que el delicado capullo convirtiéndose insensiblemente en rosa fresca, rozagante y hermosa. La niña hizo mujer centuplicando sus gracias y sus encantos, entre los cuales vió Juan apasionado su corazón, su voluntad, su vida y su alma.

Desde aquel momento, el afán constante del joven, su idea fija, su ambición, era terminar sus estudios y unirse para siempre á aquella criatura en la cual había resumido todos sus afectos, todos sus amores, su dicha y su esperanza toda.

Este amor, estos deseos, fueron comunicados á los esposos Ramírez que los oyeron enternecidos, y los aceptaron como una bendición del cielo para la hija adorada, cuyo porvenir veían iluminarse y resplandecer, lleno de dicha y de ventura.

A Pilar no la sorprendió aquel amor. Cuando sus padres le comunicaron las aspiraciones de Juan, contestó ingenuamente, plegando sus rojos labios con graciosa sonrisa:

—Ya lo sabía...

Pasó el tiempo, y con el tiempo creció más y más el amor de Juan hasta convertirse en pasión inmensa, avasalladora y potente.

Pilar, en cambio, parecía más triste cada día. En el fondo de su corazón había, sí, un amor también inmenso, entrañable; pero no era por aquel joven al que quería como á un hermano. Pilar amaba á otro hombre, noble, rico, elegante, que la brindaba sus riquezas, subyugándola y esclavizándola con poder irresistible y mágico.

Mirando hacia Juan, al que mil y mil veces había prometido ser suya para siempre, veíase esposa de un pobre médico, encerrada allá en la aldea, viviendo una vida triste, monótona, acaso en medio de privaciones y escaseces: mirando hacia el otro, contemplábase rica y venturosa en medio del lujo y del fausto.

Aquella alma inocente y pura, luchó y batalló con denuedo y brío; pero fué vencida. La mariposa voló hacia la luz resplandeciente del oro donde quemó sus alas.

Pilar abandonó á sus padres, y huyó de Juan á quien tantas y tantas veces había prometido ser suya para siempre.

Cuantas gestiones se hicieron para hallar á la fugitiva, fueron inútiles. La gota de agua caída en el mar no deja menos huella.

Transcurrieron muchos años. Los padres de Pilar hallaron un verdadero hijo en Juan, y con él vivían en el solitario villorrio donde aquel se instalara al terminar su carrera.

Al oscurecer de un día de otoño, nublado y triste, hallábanse los tres sentados en torno de la blanca mesa de pino, junto á la apagada chimenea, cuando llamaron recio á la puerta de la calle.



—¿Quién es?—exclamó Juan levantándose.

—¡Abre Juan: soy yo!—respondió una voz velada y dulce, llena de emoción y de tristeza.

—¡Es Pilar!—gritaron ambos esposos, presa de la mayor angustia, mezclada á la más grande alegría, abalanzándose hacia la puerta con los brazos abiertos y con una ligereza impropia de sus muchos años.

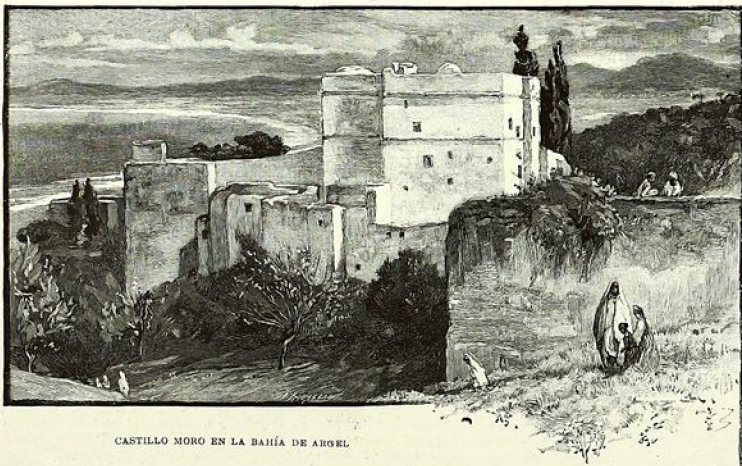
Pero ya Juan había franqueado el paso, recibiendo sobre su pecho á la desdichada joven, extenuada, harapienta, sin vida casi; y la colmaba de caricias, apretándola fuertemente, como si quisiera reanimar aquel cuerpo aterido.

—Soy yo, Juan,—balbuceaba con apagado acento aquella desventurada.—Yo, que antes de morir sola y abandonada de todos, expiando mi propia infamia, vengo á cumplirte mi promesa, si aun me amas y me perdonas...

Y, así fué en efecto. A los pocos días espiraba Pilar en brazos de Juan, quien murmuraba sollozando:

—¡Ya es mía para siempre! ¡Me ha cumplido su promesa!

PEDRO BONET ALCANTARILLA



CASTILLO MORO EN LA BAHÍA DE ARGEL

Corría el año 1830 cuando el ministro de la guerra de Carlos X, M. de Bourmont, universalmente odiado por la defección que hizo en Waterloo pasándose al enemigo, quiso hacer una hombrada, y se aprovechó del incidente de haber dado el bey de Argel un abanicazo al cónsul francés para declararle la guerra y tomar la capital de aquella regencia. Treinta años de incesante guerra costó la conquista, y lo que empezó por un ardid político ha concluido por ser un riquísimo negocio, amén de constituir la Argelia la base de operaciones para el engrandecimiento de la vecina República por el Oeste Africano.

Todo el territorio argelino está convertido hoy en un verdadero jardín, á lo cual han contribuido no poco los inmigrantes españoles, con la particularidad de que se diría que en cuanto se establecen en Argelia cambian por completo de modo de ser, pues no se advierte que sean, como sucede á veces en su tierra, que sean pendenciosos, juerguistas y otras cosas. En Argelia son los españoles un modelo de laboriosidad y buenas costumbres.

Próximamente visitará M. Loubet la gran colonia francesa, y por do quier será acogido como lo son los gobernantes bienhechores y justos.

AFGANISTAN



INFANTERÍA INDÍGENA AL SERVICIO DE RUSIA